

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.  
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

## Peligros de las riquezas.

### II.

Las riquezas no son malas, toda vez que proceden de Dios, ni es mala su posesion cuando no se opone á la moral cristiana, ni es damnable el uso sino el abuso, ni se prohíbe á los cristianos el fomento de la riqueza, antes la fé católica condena la ociosidad, y la Iglesia ampara, protege y estimula todos los progresos, inculca el amor al trabajo, el ejercicio de las facultades, el perfeccionamiento de las aptitudes, y la aplicacion de todas las actividades humanas á la produccion, al fomento y desarrollo de los bienes materiales, complaciéndose en la dicha y contento de todos sus hijos. Lo que la Iglesia condena, y Dios maldice con maldicion eterna, es la violacion

del orden establecido por la divina Providencia en la adquisicion, posesion, uso y destino de la riqueza. No es cristiano, ni racional siquiera ese desmedido afan con que se busca hoy el oro, sin reparar en los medios; no merece sino censuras acerbas ese egoismo desolador que se advierte en muchos ricos, ocupados únicamente en atesorar como si hubiese de faltarles el pan para su hambre, el vestido para su cuerpo, el sol á sus miradas, la tierra para sus piés y el agua para su sediento labio; no son dignos de alabanza, sino de vituperio, esos ricos *inmisericordes* que gastan su dinero en costosas vanidades, en un lujo irritante y en goces y diversiones nada conformes á la ley de Dios y al decoro cristiano, mientras la miseria reina en el hogar del pobre,

y la tristeza y la amargura y la desesperación destrozan el alma de mil infortunados; no son acreedores á la protección de Dios ni á la estimación de los hombres los ricos avaros que atesoran á costa de la nación, los capitalistas codiciosos que acrecientan su capital con la ruina de su prójimo, los industriales sin conciencia que se enriquecen con el sudor del obrero, y cuantos aspiran á ser ricos, hollando los fueros de la justicia y de la caridad; no pueden esperar sino temporal y eterna desventura los que posponen el reino de Dios al reino del mundo, los intereses del cielo á los bienes de la tierra, los goces reprobados del vicio á los purísimos deleites de la virtud, el caudal imperecedero de las buenas obras á los caducos crecimientos del capital; como si no hubiese una justicia eterna que ha de castigar en breve tamaño desórden, ocasionado por falta de fé y sobra de insensatez. Contra tamaño desórden fulmina el Señor tremendos anatemas que, tarde ó temprano, hieren de muerte al hombre insensato y á las sociedades materialistas. Conviene á los ricos oír las saludables enseñanzas de la divina Revelación sobre los peligros de las riquezas para que los eviten á

tiempo, y cumplan la misión social que les ha encomendado la divina Providencia.

Salomón, el sábio y opulento monarca de Jerusalem que á la luz de lo alto y amaestrado por la experiencia conoció el valor de las riquezas y de todas las humanas prosperidades, ha dicho que son vanidad de vanidades y aflicción de espíritu. Y como quien había tocado sus males y peligros, quiso dejar á los hombres el fruto de su experiencia y desengaños, junto con sus luces de la divina Sabiduría que le dictó las sublimes lecciones contenidas en sus admirables libros. El que se afana por enriquecerse, no conservará el tesoro de la inocencia (1). Si eres rico, no estarás libre de pecado (2). Y conociendo los graves peligros de la riqueza y de la pobreza rogaba á Dios, diciendo: Señor, no me deis riquezas ni pobreza, sino las cosas necesarias para mi subsistencia. No fué codicioso, ni soberbio, y Dios le colmó de riquezas y le abrió los tesoros de su sabiduría. Salomón fué el mas sábio y rico de los hombres. Los que quieren ser ricos, dice el Apóstol (3), caen en

1 Prov. XXVIII.

2 Eccl. XI.

3 Ad Thi. VI.

las redes y lazos del diablo, y se ven atormentados por muchos deseos vanos, necios y dañosos que los precipitan en el abismo de la perdición. Oigamos ya la voz de Jesucristo, y escuchen los amadores de riquezas: ¡Ay, ay de vosotros, ricos del siglo que buscáis la dicha y el consuelo en vuestras riquezas! *Veh vobis divitibus qui habetis consolationem vestram.* Mas fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos (1). Nadie puede servir á Dios y á las riquezas.

El que quiera venir en pos de mí nieguese á sí mismo, tome su cruz y sigame. Y comenta San Jerónimo: ¿Cómo habeis de seguir á Jesucristo, pobre y desnudo, si vais cargados de oro y cubiertos de púrpura? Y disputando con Juliano, le decía: Pon los ojos en el rico epulon que vestía púrpura y comía espléndidamente, y en aquel pobre Lázaro que esperaba en vano las migajas de su mesa, cuyas llagas lamian los perros. Los dos murieron y recibieron su merecido: el pobre Lázaro hospedage, y hartura y consuelos en el seno de Abraham, y el rico epulon, voluptuoso y descorazonado, hambre, sed, mise-

ria, las llamas y tormentos del infierno donde no hay mas que llanto y rechinar de dientes. Porque es difícil, sino imposible, disfrutar de los bienes del siglo presente y de los futuros, pasar sin tropiezo de un paraíso á otro, de las delicias terrenas á los goces eternos. Meditemos por último el ejemplo de Jesucristo, maestro y modelo de todos los hombres. Nació de padres humildes y necesitados. No tuvo al nacer otra cuna que un pesebre, ni otro vestido que unos pañales, ni otra compañía que unos brutos. No tuvo casa propia donde habitar, ni almohada donde reclinar su cabeza. La humildad fué su diadema, la mansedumbre su distintivo, la pobreza su acompañamiento. Pobre vivió, y en su muerte, no tuvo vestido para cubrir su desnudez, ni sepulcro propio (1) para su cadáver, ni lo que jamás suele faltar al último de los hombres, una sábana para envolver sus restos mortales. El rico por excelencia, dice el Apóstol, se hizo pobre para hacernos ricos con los tesoros de su eterna gloria. (2) Enamorado de la pobreza bajó el Verbo divino de los resplandores de su trono al oscuro valle de la

1 Mattah. XIX.

1 Matth. XXVII.

2 2.ª ad Cor. VIII.

tierra, abrazóse con ella, y la santificó, y la sublimó, haciéndola mas preciosa que el oro y los topacios.

### Una conversión.

Tenia veinte y cinco años, mucha lectura y poca fé. Había leído las obras de los grandes enemigos de la Iglesia, y su estilo me gustaba tanto como sus doctrinas. Pero Renán me cautivaba muy particularmente; le encontraba imparcial, y sus teorías eran mi encanto. No seguía ya á Voltaire, á quien miraba con el mas profundo desprecio; pero no veía en este universo mas Dios que esa sorprendente humanidad tan sublimada en nuestros tiempos. No odiaba ciertamente al Catolicismo, que representaba para mi las ideas estimables de una interesante raza, ó mas bien de razas que habian venido á formar un todo armónico. Por donde se vé que yo era tolerante, y la gente de los términos medios me tenia en gran estima.

No diré por eso que mis ideas fueran fijas, y que tuviese respuesta clara para todos los problemas, mi humanidad-Dios aparecía un tanto rodeada de nubes; mi teoría de las razas me dejaba algo que desear.

Mi primer libro se llamó: «Historia comparada de las doctrinas de la antigüedad que prepararon la idea cristiana.» Pretendía probar en ella que en este mundo nada es mas humano que la Iglesia; quería demostrar que si los

egipcios habian dado á Moisés sus doctrinas, los platónicos habian por su parte embellecido y adornado los últimos libros del Antiguo Testamento; hacia ver que todas las ideas de Jesucristo no habian sido sino el eco de ciertos sistemas de su tiempo; que la teoría del Verbo es toda platónica etc., etc. Mi libro tuvo buen éxito, hasta recibí las felicitaciones de ciertos católicos... á su manera.

Una cosa, sin embargo, me preocupaba, porque procedía de buena fe. Y era el ver que esta idea cristiana, cuyo origen humano se me habia probado (yo al menos así lo creía), habia tenido tan loca suerte en el mundo, en tanto que las mas célebres escuelas de la antigüedad no habian tenido sino algunos discipulos, y mientras que las religiones *mas pintorescas* no habian traspasado los límites de una nacionalidad ó de una raza.

A mas de esto me sugería tambien dudas el estudio atento de las almas que en torno mio vivían mas consagradas por entero á la práctica del Cristianismo: no podía menos de encontrarlas tan admirablemente perfectas que hubiera deseado creer para ellas en la intervencion de un Dios.

Finalmente, la redencion del mundo por la Cruz del Calvario, que me lleva tan lejos del dominio de las ideas y del de los hechos, me encantaba apesar mio; parecíame ese dogma de una sencillez y de una belleza perfectas, y hasta algunas miradas echadas sobre mi alma, me hacían sospechar su necesidad. Pero no habia mas que esto que á la verdad no era gran cosa.

En suma: no creía ni oraba, ni amaba

¡Cuán desgraciado era, y cuánto hubiera querido no saberlo!

## II.

Entonces fué cuando Jesús, que quería curar mi ceguedad, un día me tomó de la mano, y como guía invisible, me llevó al lado de Luisa. ¡Dulcísimo recuerdo!

Luisa vivía con su madre no lejos de San Sulpicio, que es desde hace muchos años la patria de mi alma.

Ví á Luisa y la amé. La amé cristianamente, y esta fué una de las mayores gracias que Dios me ha concedido, porque quizá no había en mí nada de cristiano fuera de este amor.

De allí á poco fué mi prometida.

Todos los días veía á Luisa ir con su madre temprano á misa. Pero como ella no me veía nunca en la iglesia, me preguntó un día muy gravemente si era protestante ó israelita.

—¡Ah! (le respondí, creyendo decirle algo nuevo á ella que lo sabía todo), no tengo fé.

Contéle mi historia; la expuse en seguida mi sistema; hasta ofrecí á su madre un ejemplar de mi libro.

La pobrecilla escuchó hasta el fin; no movió los labios, lo que me dió una gran idea... de mi elocuencia, y pareció meditar abunda.

—Leeré vuestro libro, dijo:

Al oír esto, me ruboricé; por la primera vez en mi vida hubiera deseado que nadie me leyese.

Le observé que el libro era sério y largo.

—Esos son justamente, me contestó, los libros que me agradan.

Y tuve que dejar en sus manos este primer volumen de la futura colección de mis obras. Lo cual me entristeció tanto más, cuanto que pocos días después tuve que salir para un viaje de seis meses.

«No estaré aquí, pensaba yo, para impedir que mi libro haga daño, pero, por fortuna, está escrito en estilo filosófico; no entenderá ni una palabra.»

## III.

Al día siguiente de mi vuelta, Luisa no fué á oír misa; al otro día tampoco.

No sé lo que tiene mi hija (me dijo su madre, á quien encontré); prefiere pasar la mañana leyendo por vigésima vez vuestra obra, y no quiero acompañarme á la iglesia.

No me envaneció mucho este primer resultado de la lectura de mis obras, y hasta me oprimió el corazón. «La pobre niña me preguntaba: ¿sufre acaso por mi culpa estas dudas que me han destrozado y me destrozán todavía? ¡Ah! ¡cuán infeliz soy! ¿Por qué he comunicado á esta alma la agitacion de la mia? ¡Maldito libro! Y tiré lejos de mí, lleno de cólera, un ejemplar que tenía en la mano.

Dos días después me dijo su madre:

—Luisa toma apuntes de vuestro libro; y dice que es en casi todo de vuestro mismo modo de ver.

¡Maldito sea cien mil veces mi libro.

Pasaron muchos días sin que viera á Luisa en la iglesia. Su madre iba siempre sola.

Me eché á llorar como un niño. «Le he quitado su fé», no cesaba de repetir. Entré en San Sulpicio y parecía que me ha-

blaban todos los crucifijos, diciendome: «Eres tu quien has apartado de aquí á nuestra Luisa?» La Virgen radiante de luz, á quien veia por primera vez, segun creo, desde mi primera comunión, parecia decirme tambien con voz triste: «¿Dónde está Luisa? ¿Qué has hecho de mi pobre sierva, de mi Luisa?» Y todas las imágenes de los santos y hasta las paredes me gritaban: ¿Dónde está Luisa? ¿Qué has hecho de Luisa?» Mi pobre corazón estaba oprimido, sentia frio, temblaba.... y.... caí de rodillas.

Mi oración fué breve: «Jesús, conserva la fé á Luisa.»

Admirable oración, direis, por un hombre que no creia.... ¡Ah! es que empezaba el milagro, y empezaba á creer.

#### IV.

Al salir de la iglesia me armé de valor y fui en casa de Luisa.

Vino presurosa hácia mí, y me dijo:

—En este instante he concluido el libro de V.; le felicito por él; es concluyente.

Y añadió con aire singular:

—Ha hecho usted de mí casi una neófita.

—Sí, contestó su madre; Luisa no cesa de discutir conmigo sobre los principales artículos del Catolicismo que le he enseñado. Tiene mil objeciones que hacerme, y tengo serios temores de que llegue á ser menos piadosa, menos cristiana.....

—¡Cristiana!—exclamó la jóven;—lo soy y lo seré siempre. Pero entiendo el Catolicismo de una manera mas amplia que la mayor parte de los católicos. Ne-

cesito un Cristianismo universal, inmenso, sin límites: ¡El Cristianismo del porvenir!—El Cristianismo—añadió, exaltándose cada vez mas (y su semblante habia perdido toda su encantadora dulzura para tomar una expresión pedantesca, y un aire displicente,)—¿qué es el Cristianismo, por otra parte, sino la fusión grandiosa de las ideas de la raza semítica y de la raza indio-europea?

—Permitame usted—le dije—pero.....

—¿Es por ventura mas que la combinación del monoteísmo de los semitas con el politeísmo de los indios-europeos y las doctrinas platónicas? Ahí tenis, por ejemplo, la doctrina del Verbo. ¿Quiere decir esto que el Cristianismo no sea verdadero, que no sea divino? No, no. El Cristianismo es verdadero, como expresión de las ideas mas elevadas de la humanidad; es divino, si por divino se entiende todo lo que es....

—¡Ah! Luisa—dije interrumpiéndola—¿es usted quien así habla?

—Pero, señor mio—me dijo—no son estas sus doctrinas? Mire V. la página 33, la 177 y especialmente la 201....?

Y me enseñaba ciertos pasajes que, segun creo, habia aprendido de memoria.

Nada podia contestarle; me veia vencido por mis propias armas. Bajé la cabeza y me retiré. Y ese dia supe lo que era el dolor.... y los remordimientos.

#### V.

¿Cómo el oro puro se ha convertido en vil metal?

¿Dónde estás, hermosa alma de Luisa? Hace poco creías en un solo Dios Cria-

dor del cielo y de la tierra; en un dulce Salvador, Jesucristo muerto por todos los hombres; en una iglesia santa que debe continuar sobre la tierra, hasta la consumación de los siglos, todas las obras de Cristo.

Poco há tenias una fé razonable, lógica, sublime; sabias perfectamente de dónde venias, adónde ibas y lo que eras. No soñabas sinó con el cielo; no suspirabas mas que por cielo; ¡oh! ¡Luisa, Luisa! Reemplazan acaso los sistemas humanitarios al cielo ni áun á los suspiros hácia el cielo?

Poco há eras la humilde sierva de María, procurabas imitar la pureza inmaculada de esta Virgen, y ahora... ¡oh! ahora no hay Virgen para tí; tienes en cambio la ciencia que no es inmaculada, que no consuela, que se seca y que desanima, tienes la ciencia que me ha hecho lo que soy, la ciencia que odio desde que tu la quieres.

No vendrás ya, Luisa, á esta iglesia; no vendrás al pié de esta imagen. Adios para tí las oraciones ante este altar; adios las comuniones llenas de lágrimas y de súplicas; adios los cánticos de la voz y los cánticos del corazón.

¡Oh hermosa alma de Luisa! ¿dónde estás?

Yo soy el único culpable.—¿Dónde está Luisa? ¿Qué has hecho de Luisa?—me preguntan aún todos esos objetos que me rodean. ¡Ah! no en vano resisto.

No es la verdad lo que posea; porque la verdad no desfigura las almas, como acabo de desfigurar la tuya con mis mentiras.

La verdad embellece todos los corazones.

Desde que has perdido la fé, tu alma, Luisa, no me inspira mas que una profunda lástima; hasta tu semblante ha perdido toda la gracia: es horrible.

Sí, yo profesaba la mentira, y te hecho perder la verdad. Basta esta prueba, aunque otras mil brotan de mi alma. Desde que no eres cristiana, me das miedo: luego el Cristianismo es verdadero.

Renuncio á los sistemas que han tenido fuerza para afean la mas hermosa de las almas; y me arrodillo á los piés de vuestra Cruz, ¡oh Jesús mio!

Quiero reemplazar cerca de vos á la que acaba de abandonaros; si habeis perdido un alma, aquí hay otra que habeis recobrado. ¡Oh María! Ved á un pobre pecador que presentaréis á vuestro Hijo.

Y pues sois tan buena, rogad á Dios que no permita, cuando vuelva á El, que Luisa lo abandone para siempre. ¡Oh Luisa! Es necesario que te conviertas. ¡Viva Jesús, viva María, viva la Iglesia!

## VI.

«Querida Luisa:

»No puedo pasar mas tiempo sin que á usted le abra mi corazón: soy cristiano.

»Veo, sé, creo; estoy desengañado.

»Salgo del Tribunal donde he confesado cinco años de faltas y errores; mañana volveré á hacer mi comunión. ¿No vendrá usted á la iglesia á lo menos este día?

»Usted es la que me ha convertido, Luisa..... ¿Cómo?..... Dejando usted de creer. Sí; desde entonces me inspira usted un tal horror, que veo claramente

cuán equívocado estaba. No ceso de repetirle: la verdad no afea las almas.

»Desde que creo soy feliz. Hoy poseo la dicha, fruto también desconocido para mí, y que no dá el árbol de la mentira.

»Pero usted, Luisa, ¿es dichosa? ¡Ah! no es posible. Renuncie usted pronto á estos fatales errores y quememe mi libro.

»Estamos en Mayo; todo sonríe, todo canta en la Naturaleza; los retoños nos anuncian el renacimiento de los árboles; esto es una verdadera resurrección.

»Pensaba á un tiempo en todo esto en el campo donde me he refugiado. Y me decía: yo también he resucitado; ¿pero no resucitará Luisa?

»¡Es esto tan fácil para usted!

»¡Acuérdese de usted y también de mí!»

#### VII.

«Amigo mío:

»Mi hija ha recibido su carta, que le ha causado mas alegría de lo que puede usted imaginarse. La pobrecilla, créame usted, no ha dejado de ser ni un instante la humilde cristiana de siempre.

»Le pido á usted perdon de haber empleado, para curarle, una ficción que estoy segura no le echará usted en cara.

«Ha creído que ofreciéndole á V. el triste espectáculo del alma de su prometida, presa de la duda y la incredulidad, no podría V. continuar en tan lamentable estado. Ha conseguido inspirarle horror, que es lo que deseaba; ha conseguido hacerle cristiano, que es lo que suspiraba día y noche, y lo que sus lágrimas pedían á Dios. Hasta mañana,

amigo mío, hijo mío. Que Jesucristo bendiga á usted y á mi querida hija.»

#### VIII.

Así es como llegué á ser cristiano.

¡Gloria á Dios!

LEON GAUTIER.

### La Compañía de Jesús juzgada por hombres de todas las opiniones.

La Compañía de Jesús es el mas asombroso conjunto que jamás se haya visto de ciencia y de virtud.

(Lalande.)

Me asombro verdaderamente al pensar que hay quien osa acusar á los jesuitas. Me atrevo á decirlo: no hay nada, á mi juicio, mas contradictorio, mas inicuo, mas vergonzoso para el género humano, que acusar como hombres de moral relajada á unos hombres que llevan en Europa la vida mas austera y que van á buscar la muerte en América y en el Asia.

(Voltaire.)

Es preciso ser justo; ninguna otra sociedad religiosa, sin excepcion, puede gloriarse de contar en su seno un número tan prodigioso de hombres célebres en las ciencias y en las letras. Los jesuitas se han ejercitado con buen éxito en todos los géneros: elocuencia, historia, anti-güedades, geometría, literatura profunda y agradable: no existe clase alguna de escritores en que no cuente sujetos de raro mérito.

(D'Alambert.)